

lanzad esa saeta hácia esa ventana, haciéndolo de modo que penetre al interior del aposento.

Dos segundos despues, la saeta entraba con un silbido agudo en el cuarto señalado, hería la pared y caía á los piés de Margarita de Borgoña.

La reina de Navarra fué trayendo hácia sí con muchas precauciones la cuerda consabida. Conforme á las instrucciones que le habia dado Buridan, ató sólidamente una de las estremidades en los piés de la cama, miéntras la otra quedaba sumergida en el fondo del foso, cuyas escasas aguas bañaban la parte inferior de la torre.

—Quedaos aquí amigo,—dijo Buridan;—tomad este pito, y si ocurre algo que pueda poner embarazo en lo que vamos á emprender, avisádmelo con un silbido. Lherbier no era novicio en expediciones de esta naturaleza, no porque hubiese cooperado alguna vez al rapto de alguna princesa, ó mas aún, de una reina; pero porque en eso de escalar y de proezas de la misma calaña, era ya muy ducho y le sobraba mucha esperiencia.

Prometióle á Buridan hacerle buena custodia, y éste metiéndose resueltamente en el agua del foso, agarró la cuerda y con la agilidad de una ardilla, subió en un abrir de ojos hasta la ventana.

En cuanto entró en el cuarto de Margarita, echóse esta en sus brazos.

—Buridan, Buridan mio, eres mi salvador,—esclamó llena de júbilo y de amor.

—Amada reina mia,—dijo el caballero,—no es este un momento oportuno para echarnos flores. Salgamos de aquí sin mas tardanza.

Y con el dedo le señalaba la ventana.

—Es camino algo peligroso,—añadió;—pero es el único que podemos aprovechar.

Palideció Margarita de espanto al pensar en la distancia que tenían que atravesar en el vacío antes de llegar al foso.

Buridan, sin dejarle mas tiempo para reflexionar y reponerse, la tomó en sus fornidos brazos y subió á la ventana.

Una vez allí, le dijo á Margarita que cruzara los brazos al rededor de sus hombros á fin de dejarle las manos en libertad, y asiéndose de nuevo de la cuerda, comenzó á bajar lentamente.

Ya habia llegado á la tercera parte de su descenso, cuando de repente, un silbido agudo se dejó oír y vino á vibrar á su oído.

Casi al mismo tiempo estalló el grito cien veces repetido de: *A las armas!* desde lo alto de la torre y desde las murallas exteriores.

Volver á subir, era imposible: lo mejor que habia que hacer era alcanzar el foso antes de que el grito de alarma hubiese puesto en pié á toda la gente del castillo, y antes de que hubiese bajado hasta allí.

Buridan, á quien nunca abandonaba su sangre fria, lo comprendió así, y bien presto se vió en tierra firme: en aquel momento, la luna, que comenzaba á salir,

le permitió ver por el otro lado del foso á cinco ó seis soldados que parecían dispuestos á disputarle el terreno y á no dejarle pasar.

El valiente caballero tomó al instante una resolución firme, desesperada: colocó á Margarita encima de las piedras de la torre que no bañaba el agua, y luego despues empuñando en una mano su espada y en otra un afilado puñal, corrió en derechura hácia los soldados y los atacó con un vigor y una energía indecibles.

En ménos de un minuto, puso á dos de ellos fuera de combate; pero á los gritos que proferian los demas, contestaron otros gritos que anunciaban que se estaba acercando un piquete formidable.

En aquel mismo instante salió Lherbier de un matorral en que se habia ocultado y desde cuyo escondite habia observado todo cuanto acababa de pasar: viendo la manera con que estaba esgrimiendo el caballero y matando uno por uno á sus enemigos, se estuvo quieto, pensando que estaba por demas el ir á recibir algunos malos golpes, cuando parecia segurísimo de que se bastaba á sí mismo Buridan para salir solo y airoso de aquel paso; pero al ver acercarse una nueva patrulla de gendarmes y arqueros, temió y con razon, de que las cosas cambiaran de aspecto; ocurrióle que si mataban al caballero ó si lo cogian prisionero, se veria él obligado á darse por muy satisfecho con las arras que habia recibido, y esto fué lo bastante para determinarle á ayudar á Buridan con una buena espada y un puñal mejor aún. . . . Cayó como el rayo sobre los soldados, que aún acometian al caballero, y vióse este despejado al momento.

Buridan quiso entonces volver hácia Margarita; pero Lherbier le detuvo, y enseñándole las tropas que ya venian corriendo hácia ellos con hachas encendidas en las manos:

—Messer,—le dijo,—si os quedais aquí, bien podeis rezar vuestro pater noster, pues aun cuando fuéreis monseñor el diablo en carne y hueso, no saldríais vivo de esta pelea.

Buridan era intrépido, pero no habia perdido el juicio, y hubiera sido una locura insistir en su designio. Corrió, pues, tras de Lherbier, quien al concluir su frase se habia lanzado en el rio del Epte: ambos lo atravesaron á nado y llegaron bien pronto á la choza del merodeador, en la cual pasó el caballero el resto de la noche.

En cuanto amaneció, Buridan se fué á la hostería de las Tres Palomas, mandó ensillar su caballo y salió á toda prisa de la ciudad.

Miéntas tanto, Margarita volvió á ser encerrada en su prision, cuya ventana fué tapiada y quedó reemplazada con una estrecha torrecilla.

A los pocos dias, la reina de Navarra fué trasladada al castillo de Gaillard, en el que se encontraba Blanca, su cuñada, y por orden espresa de su marido fué echada en un calabozo.

Desde entonces le sirvió de cama un montón de paja, y de alimento un poco de pan y agua.

Buridan se había encaminado hacia Paris, pues el mal éxito de esta última aventura había modificado completamente la índole de sus ideas y sus proyectos.

Después de tanto movimiento, de tanta agitación, experimentaba una gran necesidad de disfrutar de algún descanso, y como en otro tiempo había estudiado las lenguas muertas y la filosofía, lo que no era muy común entre los gentiles-hombres de aquella época, tenía la idea de ocultarse bajo la toga de profesor hasta que el desenlace de ese gran drama de la torre de Nesle hubiese reanimado ó destruido completamente sus esperanzas.

A los dos días de haber salido de Gisors, llegó el caballero cerca de Pontuesa. Al adelantarse hacia la abadía de Maubuisson, comunidad de monges que gozaba de mucha celebridad en aquella época, divisó en medio de una gran pradera á una multitud de gentes de todas clases y condiciones que unos arqueros se esforzaban en mantener á cierta distancia de una especie de cadalso que se había construido allí.

—¿Qué ocurre en este lugar?—preguntó á un campesino que se dirigía presuroso hacia la pradera.

—Jesus Marial messer, de dónde venís, pues que no sabéis los grandes crímenes que se han cometido en Paris, en la torre de Nesle?

—Vengo de muy lejos, en efecto, amigo; y he andado tanto camino en estos últimos días que nada sé de lo que me decís. ¿No podríais contarme esa interesante historia?

—Oh! messer, sería esto cuento de nunca acabar, y además lo único que sabemos nosotros, pobres villanos, es lo que nos trae el rumor público. Lo que sí parece cierto es que en aquella torre han sido sorprendidas en flagrante delito de adulterio dos nueras del rey, nuestro amo, á saber, la señora Margarita y la señora Blanca, que á la sazón se hallaban en alegre compañía con los caballeros de Aunoí, messer Gualtiero y messer Felipe. El rey, deseando juzgar á estos dos caballeros con el espíritu en reposo y toda la calma que requiera el asunto, ha venido á la abadía de Maubuisson que veis ahí, á donde fueron conducidos los culpables: ya los han juzgado y han sido sentenciados á padecer muchos ultrajes y penalidades, después de lo cual serán conducidos al último de sus suplicios. . . . . Por esto veis todos esos preparativos y esa muchedumbre. Dichoso vos, messer, que, montado á caballo y alzándoos sobre los estribos podéis estar al tanto de todo lo que pase dentro de un momento.

Ocurrióle de repente una idea á Buridan. Hizo que le indicaran el camino por donde había de pasar la fúnebre comitiva, y se dirigió á galope hacia aquel punto.

Pronto divisó á los primeros soldados que marchaban á la cabeza de la escolta; después venían algunas autoridades y una comunidad religiosa; en seguida

aparecieron á los ojos de la multitud ávida, ansiosa, devorada por la curiosidad los sentenciados que iban acompañados cada uno de un monge, cuyas exhortaciones escuchaban tranquilos y con suma resignación.

Detrás de ellos estaban los verdugos armados de alfanjes y cuchillas formidables; llevaban además otros muchos instrumentos de hierro de aspecto siniestro.

Cerraba la marcha una compañía de arqueros.

A lo largo de esta terrible comitiva, unos soldados se afanaban en alejar con sus picas á los villanos que obstruían el paso.

El caballero se adelantó hasta el comandante de la escolta.

—Messer,—le dijo,—en nombre del rey de quien soy mensajero, os ordeno hagais alto aquí y me dejéis hablar con los reos.

Buridan era un mozo de buen talante, estaba vestido con lujo, montaba un brioso corcel ricamente enjaezado y llevaba en los talones magníficas espuelas de oro. Esto era lo bastante para que se tuviera fé en la misión imaginaria de que hablaba. Detúvose, pues, la comitiva; Buridan se puso pié á tierra, echó las riendas de su caballo á un gendarme, y acercándose á los hermanos de Aunoí les dijo á media voz:

—Caballeros, me manda hacia vos la reina de Navarra; os puedo asegurar que se os hará merced y remisión de todas vuestras culpas y pecados, si consentís en declarar—como es cierto—que habeis usado para con ella de astucia y violencia para conducirla al lugar donde se os ha encontrado en su compañía.

Gualtiero de Aunoí cuyas facciones parecían contraídas por algún dolor agudísimo, echó al presunto enviado de Margarita de Borgoña una mirada llena de indignación, de cólera y de desprecio.

—Atrás, tentador villano y desleal,—dijo con voz alterada,—nada queremos de parte de esa prostituta, que Dios confunda!

Buridan notó entonces que los vestidos de los dos hermanos estaban ensangrentados y que un ancho rastro de sangre señalaba el camino por donde habían andado. Es que, en efecto, habían sufrido antes de salir de la prisión la mas horrorosa mutilación que pueda inferirse á un hombre; y en ese estado los llevaban á la muerte.

—Messer,—repuso el falso mensajero,—comprendo muy bien que en el estado en que os encontráis, no podéis tener el ánimo tranquilo ni cabal el juicio, y así os perdono los feos insultos que acabais de proferir contra mí; os adjuro de nuevo, no os dejéis cegar por la ira que resentís y devolvais el honor á dos princesas que siempre os han hecho y han querido haceros mucho bien.

—No, no,—dijo á su vez Felipe,—nada queremos de esas traidoras que nos han asesinado, y en este momento nos es ya preferible la muerte que no la asistencia.

Buridan quiso insistir, y dirigiéndose á los monges, les suplicó le ayudasen á

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. L.

haber entrar á esos desgraciados en la vía de la salvacion demostrándoles que era una generosa y buena accion el devolver el honor á dos princesas, y que, de no hacerlo, no podian serles abiertas las puertas del paraíso.

Los monges comenzaban, efectivamente, á hacerles exhortaciones en este sentido, cuando de repente, Gualtiero volviéndose hácia el verdugo exclamó lleno de enojo:

— Holal compadre de Belzebú, ¿es así como haceis vuestro oficio? Si no os dáis prisa en obrar pronto y bien, me obligaréis á que clame favor del populacho, y veremos entonces lo que sucederá.

Viendo Buridan que eran vanos é inútiles todos sus esfuerzos, montó de nuevo á caballo y se alejó de aquel sitio.

Volvió inmediatamente la comitiva á ponerse en marcha.

Fué cosa tan horrible la ejecucion de esos desgraciados, que podria creerse que su descripcion es el aborto de una imaginacion llena de fantasía y escageraciones: creemos, pues, que no estará por demas transcribir aquí el relato testual de un escritor de la época, relato que si hubiese sido mas conocido, hubiera evitado seguramente muchas controversias y discusiones.

Es verdaderamente muy extraño ver el desacuerdo y la diversidad de opiniones que existen entre varios historiadores sobre este punto.

Así, M. Tissot, miembro de la academia francesa, cuyas obras gozan merecidamente de tanto favor y aprecio, ha escrito á propósito de la traduccion de los *Besos* de Juan Second, la nota que reproducimos en seguida:

“He encontrado en este libro un dato digno de llamar la atencion y referente á la torre de Nesle, guarida de las orgías y de los crímenes de Isabel de Baviera, esa nueva Mesalina que hacia echar al rio á sus amantes encerrados y cosidos sólidamente en unos costales. — Esta torre, que estaba situada precisamente enfrente de la casa de moneda, ha sido derrumbada cuando se construyó el Puente Nuevo.”

“Cuántas palabras encierra el apunte anterior, son otras tantas equivocaciones, — dice M. Julio Château: no perderémos el tiempo en demostrarlo; pero sí — y á esto nos limitamos — harémos notar cuan extraño es que M. Tissot apellide Isabel de Baviera á la misma reina que el mismo poeta á quien tradujo llamara Blanca.”

— Dirémos ahora nosotros que en el apunte de M. Tissot, hay mas bien confusion que no error, pues es muy cierto — como lo veremos mas adelante — que Isabel de Baviera que vivió un siglo despues de Margarita de Borgoña, siguió el ejemplo de esta en todos sus excesos impúdicos y sanguinarios.

Brantôme, el mismo Brantôme se equivocaba tambien cuando atribuia todos esos desórdenes á Juana de Borgoña, esposa de Felipe el Largo.

“Estaba ella, dice, en el palacio de Nesle, en Paris, y desde allá miraba á todos los que pasaban; á los que mas eran de su agrado, fuese cual fuese su clase, los mandaba llamar, y despues de haber conseguido de ellos lo que deseaba, hacia

que desde lo mas alto de la torre, los precipitaran en el rio, donde se ahogaban infaliblemente. No afirmaré yo que esto sea cierto, pero el vulgo así lo dice, y es tan sabido, que con solo mentar la torre de Nesle, basta para que repitan lo que acabo de escribir.”

Son de notar estas palabras de Brantôme: *no afirmaré yo que esto sea cierto*, y buen cuidado tuvo de hacer esta restriccion, pues lo que asentó es enteramente inesacto.

Tampoco anduvo Dulaure muy feliz en achaques de verdad histórica cuando, hablando del reinado de Luis el Hutin, dijo:

“Este rey al ponerse al frente de un mal gobierno, no pensó en mejorarlo. Hizo mucho mas mal que no bien, y parecia que lo único que lo preocupaba era reprimir los desórdenes de su corte. Su esposa Margarita de Borgoña, y sus cuñadas Blanca y Juana se entregaron á orgías y galanterías desenfundadas que Luis X castigó con mucho rigor y severidad.

“La abadía de Maubuisson era el teatro de esos excesos de lujuria; dos hermanos, Gualtiero y Felipe de Aunoí figuraban allí como actores principales; pero fueron las primeras víctimas de tanta vida licenciosa, de tantos placeres desenfundados. Ambos fueron atrocemente mutilados, desollados vivos, en seguida decapitados y suspendidos despues por debajo de los brazos en una picota.

“Sentenciaron á la horca al ugiere que se habia prestado á esas galanterías.

“Un padre jacobino que favorecia las orgías de las princesas y les ministraba remedios contra el embarazo, pereció igualmente en medio de los tormentos mas crueles.”

Error, siempre error; no fué en la abadía de Maubuisson donde se cometieron esos crímenes, allí no mas juzgaron y sentenciaron á los culpables, y lo comprueba el siguiente pasage de las *Crónicas de San Dionisio*.

“En el mismo año cerca de Pontuesa, en un lugar que llaman Maubuisson y es una abadía de monjas de la órden de Citeaux, el mártir de Pascua, Margarita, reina de Navarra, hija del duque de Borgoña, muger de Luis, rey de Navarra é hijo del rey de Francia, y Juana, hija del conde de Borgoña, esposa de Felipe conde de Poitiers é hijo del rey de Francia, y Blanca, segunda hija de dicho conde de Borgoña, muger de Carlos conde de Marcha, hijo del rey de Francia, por ayuntamiento carnal y adulterio de que se han hecho culpables siendo sorprendidas infraganti dos de ellas por órden del rey que se hallaba á la sazón en Maubuisson, á saber, Margarita reina de Navarra y Blanca, esposa de Carlos, fueron arrestadas y encerradas en distintas prisiones y condenadas irremisiblemente á quedar para siempre encarceladas en el castillo de Gaillard, situado en Normandía. En cuanto á la otra señora, la condesa de Poitiers, que habia sido conducida al castillo de Dourdan, despues de examinarse detenidamente su conducta, quedó purgada de toda culpa, y comprobada plenamente su inocencia, fué puesta en libertad y reunida con su marido el

“conde de Poitiers. Por lo que toca á Felipe de Aunoi, amigo de la citada reina, y Gualtiero de Aunoi, su hermano, amigo de Blanca, el viérnes de la misma semana, de órden del rey fueron desollados y cortados, sus t....., despues de lo cual fueron arrastrados por caballos serranos en medio de un prado recientemente segado, hasta una horca de Pontuesa en la que los colgaron. A esa misma horca colgaron tambien á un ugiar que sabia y consentia los delitos referidos anteriormente.

“A causa de estos sucesos estuvieron por largo tiempo irritados el rey de Francia, sus hijos y los barones del reino.” (1)

“En cest an vers Ponthoise, au lieu que on appelle Maubuisson, une abbaye de femmes nonains de l'ordre de Citeaux, le mardy en la sepmaine de Pasques, Marguerite, royne de Navarre, fille du duc de Bourgogne, femme de Loys roy de Navarre, et fils de Philippe roy de France, et Jehanne, fille du comte de Bourgogne, femme de Philippe, comte de Poictiers, et fils du roy de France, et Blanche, seconde fille du devant dict comte de Bourgogne, et femme de Charles, comte de Marche, fils du roy de France, pour fornicacion et adultère sur elles mis, et mesmement sur deux c'est assagavoir sur Marguerite, royne de Navarre, et sur Blanche, femme de Charles, lesquelles vraiment approuvées furent prinsees du commandement du roy qui lors estoit à Maubuisson et en divers prisons furent mises et du tout en tout condampnées en essil et en chartre perpétuelle, encloses au chasteau de Gaillard, en Normandie, et là furent retenues et emprisonnées et condampnées. Et de l'autre dame, la comtesse de Poictiers, laquelle fut emprisonnée au chasteau de Dotrdan, examinacion fust faicte, et purgacion de son fait fut approuvée et prouve qu'elle n'estoit pas coupable, et aprez ce de prison fust délivrée et en la compagnie de son mary le comte de Poictiers, fut rassemblée. Et adcertes Philippe d'Aunoy, amy bienveillant ladicte de royne, et Gaultier d'Aunoy, son frere, chevalier amy de ladicte Blanche, le jour d'ung vendredi en ycelle sepmaine de Pasques, du commandement du roy furent escorchez et les.....couppés, et après ce incontinent á ung gibet de Ponthoise nouvellement fait furent traynés par chevaux neufs, sur prés nouvellement fauchés, jusqu'au gibet ou furent pendus, et encores pour certain puissier de ladicte royne sachant et consentant du devant dict forfait en ycellui jour á Ponthoise au gibet commun fut pendu. Lequel cas fortunable les barons et le roy de France et aussi ses fils courrouça mouit et troubla.”

Despues de esta horrorosa ejecucion, Buridan se encaminó hacia Paris, adonde llegó sin tropiezo: allí, conforme lo habia ya resuelto, trocó su armadura de caballero por la toga de profesor de filosofía.

(1) Copiamos á continuacion lo que se refiere en la *Crónica de San Dionisio* respecto de la ejecucion de los hermanos de Aunoi, por ser notables no solo la narracion, sino el estilo en francés antiguo en que está escrita.



“Este Buridan, dice un escritor erudito, disfrutó de gran fama en las escuelas del siglo XIV: como pertenecía á la secta de los *nominales* fué espulsado de París por la de los *reales*, y se retiró á Alemania.

“Este famoso discípulo de Ockam ha hecho comentarios sobre la lógica, la moral y la metafísica de Aristoto, que tuvieron el écsito mas brillante.

“El sabio Maudé que ha leído estas obras, dice que están desprovistas de elegancia y aun de sentido comun, y añade que Buridan debió la gran voga de que disfrutó á los dilemas cómicos y á los juegos de palabras con que sabia combatir, desviar y á veces vencer las disertaciones científicas de sus adversarios.”

“Su dilema del burro hambriento que se hallaba entre dos fanegas suele citarse aún en el dia en las escuelas; nadie ignora este pésimo juego de vocablos: *Reginam interficere nolite timere bonum est.* El colocar ó no una coma antes ó despues de la palabra *timere* daba *ad libitum* un sentido regicida á esta frase; era esta una arma de dos filos tanto mas temible, cuanto que las comas se usaban muy poco en los manuscritos de aquel tiempo y que, en una circunstancia dada, podia ser la excusa y cuando ménos la ocasion de un crimen.”

Algunos historiadores aseguran que Buridan no fué contemporaneo de Margarita de Borgoña.

Tambien esto es un error.

Cierto es que fué despues de la muerte de esta reina cuando Buridan adquirió esa gran reputacion de filósofo de que hemos hablado; pero no lo es ménos que habia sido page del duque de Borgoña Roberto II; que fué el amante de Margarita, hija de este príncipe y muger de Luis X, llamado el Hutino, á la sazón rey de Navarra, y así mismo que esta reina que lo temia estremadamente á causa de los secretos que podia descubrir, intentó hacerlo asesinar en la torre de Nesle. Este último hecho queda atestiguado con estos versos del poeta Villon, en su *Balada de las damas de otros tiempos*, cuya segunda estrofa dice así:

Où est le très sage Hélois  
Pour qui fust chastré (et puis moine)  
Pierre Esbaillart á Saint-Denys  
Pour son amour eust ceste essoyne?  
Semblablement où est la royne  
Qui commada que Buridan  
Fust jeté en un sac en Seine!  
Mais où sont les neiges d'autant?

La opinion de Bayle está conforme con la tradicion que, por otra parte, creemos suficientemente confirmada con las numerosas indagaciones que hemos hecho sobre la materia.

¿Con qué mira negaron ó alteraron hasta ese punto la verdad unos cuantos escritores, por demas veraces, y dignos de que se dé crédito á sus leyendas?

Fácil es explicarlo: por desgracia habian echado en olvido que nada bueno puede resultar de la mentira. . . . .

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.